

DIANNA LOVE Y
SHERRILYN
KENYON

LEALTAD
DE
SANGRE

SERIE
VELADOR

Lealtad de sangre

Sherrilyn Kenyon y Dianna Love

Traducción de Violeta Lambert

Título original: *Alterant*

© Sherrilyn Kenyon y Dianna L. Snell, 2011

Primera edición en este formato: septiembre de 2014

© de la traducción: Violeta Lambert

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona.

info@rocaebooks.com

www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-15952-50-3

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

LEALTAD DE SANGRE

Sherrilyn Kenyon – Dianna Love

La esperada segunda entrega de Velador, la nueva serie de las reinas de la novela romántica paranormal.

¿Podrá Evalle limpiar su nombre salvando a la humanidad de la destrucción? En una Atlanta alternativa, un nuevo mundo de traiciones y alianzas inestables, Evalle Kincaid, la única mutante no encarcelada, se enfrenta a una tarea imposible: capturar a las otras tres peligrosas criaturas que escaparon, antes de que sigan matando a más humanos... o a ella misma. Pero cuando las palabras pronunciadas en el calor del combate se tuercen en su contra, Evalle es culpada de la fuga. Y ahora tiene una oportunidad única para borrar la sombra de la sospecha que se cierne sobre ella para siempre. Todo lo que tiene que hacer es volver a capturar a los fugitivos. Pero, como se trata de dioses y diosas, ahora la vida de todos los veladores, y la seguridad de todos los seres humanos dependen del éxito de su misión.

ACERCA DE LAS AUTORAS

Sherrilyn Kenyon es una de las voces más frescas, divertidas, imaginativas y originales del género romántico. Ha sido número uno en la lista de ventas de *The New York Times* en muchas ocasiones. Sus libros se han traducido a más de treinta idiomas y de ellos se han vendido más de veinte millones de copias. Actualmente vive en las afueras

de Nashville. Todos los títulos de la serie Agentes secretos han sido publicados en **Terciopelo**.

www.sherrilynkenyon.com

Dianna Love lleva de forma apasionada al papel las historias que surgen en su cabeza, y en sus libros destacan personajes comunes que consiguen hacer cosas improbables para salvaguardar a las personas que quieren. De su amistad con Sherrilyn Kenyon surgió la serie Agentes secretos. Actualmente vive con su marido en Atlanta.

www.authordiannalove.com

ACERCA DE LA OBRA

«He disfrutado mucho con el conjunto de acción, suspense y drama que este libro ofrece. Lo que más destacaría es a la protagonista, Evalle. En un género como la fantasía urbana donde sobran las heroínas agresivas, Evalle se las arregla para destacar y convertirse en un carácter que tener en cuenta.»

PARANORMAL HAVEN

«Son tantas las cosas de las que quiero saber más que no hay manera de que pudiera enumerarlas todas. Las señoras Kenyon y Love me tienen en ascuas esperando el tercer libro de la serie Velador. Como diría Evalle, la protagonista, "¡A por él!"»

ROMANCE JUNKIES

Índice

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

Diecinueve

Veinte

Veintiuno

Veintidós

Veintitrés

Veinticuatro

Veinticinco

Veintiséis

Veintisiete

Veintiocho

Veintinueve

Treinta

Treinta y uno

Treinta y dos

Treinta y tres

Treinta y cuatro

Treinta y cinco

Treinta y seis

Treinta y siete

Treinta y ocho

Treinta y nueve

Cuarenta

Agradecimientos

Nos gustaría dedicar este libro a Cassandra Murray, cuya atención a los detalles ha sido tan significativa en las primera lecturas de muchos de nuestros libros.

Uno

—¿Qué ropa se pone una chica para pasar toda la eternidad en prisión?

Evalle Kincaid hubiera preferido luchar sola contra una pandilla de demonios antes que enfrentarse al Tribunal a medianoche.

Faltaban para eso setenta y dos minutos.

Podría quedar libre esa misma noche... si el Tribunal tenía en cuenta que había pasado las últimas cuarenta y ocho horas protegiendo a los humanos de un señor de la guerra de ochocientos años de edad en lugar de preparar su propia defensa.

Como si fuese culpa suya haber nacido como una criatura híbrida y no un velador común. Una mutante. La única mutante que no había sido asesinada o encarcelada. Los otros mutantes habían matado humanos. El hecho de que ella hubiera hecho el juramento de los veladores a los dieciocho años la había mantenido libre de persecución... hasta ahora.

Cada cosa a su tiempo, como vestirse, por ejemplo. Tenía que ponerse algo encima de la ropa interior.

Cogió su camisa de algodón favorita, una pieza *vintage*, de una cómoda antigua. Se puso los tejanos y las botas, metió un par de tuercas en el bolsillo y se quedó helada.

Su apartamento estaba demasiado silencioso.

Lo cierto era que no llegaba mucho ruido donde vivía, en algo equivalente a un búnker de cemento a dos niveles por debajo de Atlanta.

Pero aquel silencio tenía algo inquietante.

Se dispuso a investigar y apenas había llegado al pasillo cuando se oyó un golpe fuerte en la cocina.

Sonaba... como un soplete gigante.

¡Por la gracia de Macha, no!

Echó a correr y entró como un torbellino en la cocina mientras el sonido de otra explosión turbaba el aire.

—¡*Feenix!*

Su gárgola de sesenta centímetros de altura se hallaba de pie ante el horno abierto echando fuego por el hocico. Dejó de arrojar llamas y posó sus grandes ojos redondos en ella con una mirada inocente que parecía decir «¿quién, yo?».

Si Evalle se echaba a reír ahora la gárgola nunca aprendería que no se pueden lanzar llamas en el apartamento. Pero mantuvo su voz calmada y curiosa.

—¿Qué estás haciendo?

Esa debió de ser la pregunta correcta. *Feenix* se volvió hacia ella y comenzó a danzar de un lado a otro con sus cuatro patas gorditas.

—¡*Thurrr-prithe! Peetha-Peetha.* —Batió palmas con sus zarpas rechonchas y soltó alegres risas.

Ella se adentró más en la cocina y se inclinó para ver una de sus *pizzas* de *pepperoni* congeladas carbonizada hasta resultar irreconocible al otro lado de la puerta del horno.

Feenix había cocinado para ella.

El corazón se le encogió y sintió un nudo en la garganta. ¿Cómo viviría sin él si finalmente la encerraban? La gárgola era la razón de que su corazón cantase al abrir los ojos cada mañana. Lo encontraba siempre tirado en la cama junto a ella con su cocodrilo de peluche metido bajo el brazo y una sonrisa desdentada en el rostro.

Ella cerró el horno y le sonrió.

—Es perfecta. Gracias por prepararme la cena.

Feenix sacudió las alas y voló a la altura de sus ojos. Dos pequeños colmillos asomaron por encima de su labio inferior. Ella abrió los brazos y él flotó hacia ellos, replegando las alas, que eran suaves como la piel de un murciélago.

Pero fue la dulzura con que dijo «Mía» lo que amenazó con conseguir que se pusiera de rodillas.

No podía permitir que supiera lo duro que sería marcharse esa misma noche o estaría preocupado todo el tiempo que ella estuviese ausente. El miedo de perderla podría hacerlo convertirse de nuevo en el pequeño animal que respiraba fuego y apenas era capaz de comunicarse cuando lo trajo a casa por primera vez. Si Evalle no regresaba después de esa noche y él salía fuera, sin duda alguien lo mataría. *Feenix* merecía algo mejor después de haber escapado del hechicero loco que lo había creado y luego torturado. Pobre criatura.

Ella no estaba dispuesta a encerrarlo en ninguna parte.

No le haría lo que otros querían hacerle a ella.

Nada le impediría regresar junto a *Feenix*... excepto que las tres deidades del Tribunal fallaran en su contra. Incluso así, no se rendiría sin luchar. No le importaba que pudieran calcinarla allí mismo.

Eso le dejaba una única opción... apostar por su oportunidad de convencer al Tribunal de que no se transformaría, ni involuntariamente ni de ninguna otra forma, en una bestia mutante capaz de matar seres humanos.

Vegas se reiría de sus probabilidades de ganar.

Tragó saliva para eliminar el nudo de amenaza que la asfixiaba.

Feenix se inclinó hacia atrás.

—¿*Peetha*?

—Tú ganas, cariño. —Lo abrazó, inspiró el aroma de su piel curtida y cálida y luego lo colocó sobre la encimera.

La mitad de la *pizza* que no estaba carbonizada sabía mejor de lo que parecía por su aspecto. Y ella habría hecho los mismos sonidos de halago aunque se hubiera tratado de una tortita de lodo.

—Tuercas. —Él abrió mucho la boca.

Ella le lanzó las dos tuercas que llevaba en el bolsillo.

Feenix atrapó los tentempiés de acero con la lengua y los masticó como si fueran cacahuetes de M&M.

Ella comprobó la hora en su reloj. El tiempo estaba resentido con ella.

Retrasar lo inevitable no haría que le resultara más fácil atravesar esa puerta. Y llegar tarde a una reunión del Tribu-

nal se consideraría una ofensa... una garantía de que los pulgares apuntarían hacia abajo al votar. Se lavó las manos.

—Tengo que salir un rato, así que no cocines nada más mientras estoy fuera, ¿de acuerdo?

—Zí. —Él la observaba desde su sitio sobre la encimera de la cocina, con los ojos radiantes de pura felicidad.

—Eres el mejor. —Ella le tocó la ancha nariz con un dedo, sonrió y salió de la cocina para dirigirse al dormitorio.

El sonido de *Feenix* agitando las alas se oyó detrás de ella.

La altura del techo le permitió volar por encima de su cabeza en el tramo del pasillo y llegar al dormitorio antes que ella. Cuando entró en la habitación, él ya se había acomodado en el centro de la cama.

Feenix le preguntó:

—¿Cuándo volverás?

La pregunta del millón, pero ella contestaba siempre lo mismo.

—Lo antes que pueda.

—¿Pero cuánto tiempo? ¿Uno, dos, cinco, siete, ocho?

¿Se refería a minutos o a horas? Acababa de aprender a contar hasta ocho. El tiempo era un concepto completamente extraño para él. Ella temía que su ausencia pudiera durar años, pero antes que llevar la verdad más lejos, cambió de tema.

—¿Qué tal vas con tus cuentas?

—Bien.

—Cuenta para mí.

Él dobló las patas y se inclinó hacia delante para contar cada uno de sus dedos por encima de su panza.

—Uno, dos...

Ella cogió su puñal de la mesita de noche y lo deslizó dentro de su bota. No salía a la calle desarmada.

Cuando *Feenix* dejó de contar al llegar a ocho, porque solo tenía ocho dedos, ella le dijo:

—Trabajaremos con el nueve y el diez esta semana.

—¿Qué es nueve y diez? —Alzó la vista hacia ella con sus grandes ojos naranja llenos de curiosidad.

—Te lo diré de camino a la puerta. —Se dirigió hacia la puerta del salón que daba a la salida de los túneles.

Feenix necesitaba una razón para contar algo más que sus pies. Ella le dijo:

—Tus cuernos son nueve y diez.

Él gruñó unos sonidos de felicidad ininteligibles mientras avanzaba a trompicones por el pasillo pegado a sus talones.

Cuando Evalle llegó a la puerta se dio la vuelta.

—¿Vas a practicar?

Giró los ojos en redondo al darse cuenta de que tenía nueva información.

—Sí, maldición.

—No digas tacos. —Ella quería culpar a Quinn, uno de sus dos mejores amigos, por irritarla hasta el punto de hacerle decir esa palabra delante de *Feenix*, pero la culpa era suya.

—*Peldón*. —Él sonrió, con la lengua asomando a un lado de su boca.